

No serán los ángeles

Adriana Dorantes



Foto: Thinkstock.

Aparecen de pronto
invadiendo el reposo del alma;
incluso olvidamos que ahí han estado siempre
ostentando disfraces de ángeles que poco a poco
se pierden sin que nos demos cuenta para descu-
brirse como demonios.

Aunque lo sepamos, poco importa.

El encuentro con ellos ciega la verdad y alimenta
sin control un opiáceo peligroso que los mortales
denominamos “esperanza”.

Queremos pensar que son criaturas sagradas
pero no nos queda claro si han sido expulsadas de
ese paraíso primigenio
sólo para gestar ilusiones guiadas por la mano de
un dios lleno de gula y ocio.

Tienen nombres como los nuestros
simples,
comunes.

Llegan vestidos de verde
y poco a poco su color se desvanece al quitarnos
los anteojos de la necesidad con que enarbolamos
sus formas constantemente.

También se repiten hasta el infinito,
son parte de un mismo hombre eterno e inamovible que viaja
con distintos vestidos a través de todos los siglos.
Gustan de disfrazarse, cambiar no sólo la ropa sino la piel,
los rasgos, la voz, las maneras y los pasos.

(No los sentimos, sino cuando ya es muy tarde,
pero sus dedos en nuestra piel traspasan hasta el alma
creando una gotera que no tiene forma de repararse.)

No necesitamos llamarlos,
ellos nos escuchan,
siempre hay alguien que los espera en todas las vetas del tiempo.

Lo más cruel de todo es que son hermosos.

Acaso fantasmas, de no ser por su cuerpo.
Acaso ángeles, de no ser por su maldad.
Acaso demonios, de no ser por su luz.
Acaso criaturas mágicas, de no ser por su humanidad.

A veces nos preguntamos si algún día dejaremos de esperarlos,
si tal vez en un día más iluminado que otro
el veneno de su lengua se cambiará por un nombre sincero
o si acaso uno de ellos se transformará en un fruto de la tierra
que clausure nuestra espera eterna y nos otorgue la redención
para gozar lo que no duele y lo que no acaba,
antes de regalarnos la muerte.

No preguntamos nada
mientras otra vez nos sentamos a esperarlos. ■■■